

“La Pulsera”

Primera etapa

Jueves 11 de enero de 2007

Lunes 19 de marzo de 2007

Una historia larga en forma de relatos cortos.

Publicada en

www.cuentamealguncuento.blogspot.com

Por

Ignacio García Alonso

Liberado bajo licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 España

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/>



Compilación y formato por Neokrisys, 4 de mayo de 2007

1. El bosque

-No te vayas, por favor...

-¡Si me pillan contigo aquí me matarán, lo sabes!

-¡Si te vas seré yo el que muera!

-Por favor Daniel, no hagas esto más difícil de lo que es. Dame tu mano.

Tembloroso le enseñó la palma de la mano. Aunque sucia, como de costumbre, esta vez las lágrimas de Ainara la dispersaron el barro de sus dedos mientras ella besaba con melancolía. Daniel busco su mirada, cristalina y en ambos ojos se reflejó la desesperanza que le procuraría este momento para el resto de sus vidas.

-No me olvides nunca Daniel. Yo no tendré fuerzas para hacerlo.

-Ainara, por favor, no me dejes... Quédate conmigo...Por favor...

Dijo mientras se sentaba cogiéndose las piernas y apoyándolas fuertemente contra su pecho. Lloró mientras veía como su alma gemela se despedía llorando.

Entonces se oyó el crujir de un árbol desperezándose. A las seis de la mañana en un bosque lo único que puedes no escuchar son tus pensamientos. Y aún así suenan demasiado fuerte. Siempre demasiado fuerte.

A lo lejos se oían las voces de la familia de Ainara dispuesta a partir hacia ningún lugar. No conocía el destino. Sólo sabía que no volvería jamás por aquí. Pero Daniel nunca perdió la esperanza. O al menos hasta al cabo de diez años.

Se levantó y secó sus lágrimas con el brazo. Entonces se percató de algo: una pulsera de hilo rojo y negro rodeaba su muñeca desde que Ainara la besó. Un nudo muy cuidado y amor en su trenzado hacían de este abalorio más fuerte que cualquier relación, más valioso que cualquier joya...Y más doloroso que cualquier tortura.

Comenzó a andar tras el sonido del coche y, mientras jadeaba, pensaba que no la olvidaría. Que a sus diecisiete años sabía que ninguna persona pasaría por su vida como ella. Detuvo su carrera y se apoyo sobre las rodillas mirando al suelo. En el trayecto en que la cabeza se levantó hasta divisar el Ford Mondeo gris que se alejaba del camino de tierra, sintió que crecía en madurez... y en tristeza.

2. El mercenario de Acordes

-No Jack. Por última vez, no voy a tocar en ese disco.

-Vamos Dan-¿Dan?, Daniel odiaba que le llamase Dan...Sonaba a "quiero-ser-tu-coleguita-pero-en-realidad-te-la-estoy-clavando". Además, parecía aún más falso por teléfono.- Sabes que lo hago por tu bien...

- ¿Por mi bien? ¡Ese grupo es la decadencia de la música! Nunca sacaron un solo tema que valiese la pena. Son unos cantamañanas. O mejor aún, unos "singingmornings", como diría el capullo del cantante. Son una panda de niñatos. No voy a grabar nada que no sea insultos hacia su música.

- Pagan muy bien, Dan. Plantéalo de este modo: Si lo haces, serás famoso y podrás grabar ese disco tan merecido que te debe AlterEgo...- Jack sabía dar en su fibra sensible y esa última frase hizo que esbozase una sonrisa de dulce soñador en su cara...

Un disco...Su propio disco... A sus 25 años solo podía ser el "sustituto-por-carencia-de-talento" que ni siquiera nombran en el librito del CD. Tantos años con las seis cuerdas y todavía no se le llamaba guitarrista. Era un simple mercenario. Daniel sabía que la principal razón de ello era que se negaba a formar parte de eso que ahora llaman "pop-alternativo" o, como le gustaba llamar a él, la sacarina de Platero. La incultura musical en España es tan grande...

- No pienso sustituir a un difunto guitarrista que no sabe tener control con lo que toma en su, demasiado amplio, tiempo libre. - Realmente no estaba muerto, solo que el LSD le había jugado una mala pasada esa noche. Este engendro de la música había perdido su mano derecha al intentar agarrar una cadena que se enredó en el alabrado de la finca de la que escapar tras una noche de juerga. El muy idiota pegó un tirón y se rompió el dedo. Le pareció tan graciosa la situación que decidió volver a saltar. Y bueno, a la segunda va la vencida. – Si no sabe drogarse, que no lo haga.

- Venga Dan, este es el verdadero momento de subirte a ese tren del que te he estado hablando tanto tiempo. Me conoces. Yo no te mentaría.

Obviamente hasta eso era mentira. Jack le había mentado desde que se hicieron socios. El acuerdo que firmó Daniel no era, ni mucho menos, el que Jack realmente le ofrecía. Esa era la principal razón de que Daniel no subiese de verdad. Si Daniel no se hacía famoso Jack seguiría siendo el manager. Seguiría "chupando del bote" de su mala suerte. Pero Daniel sabía que no podía hacer nada. Sin él estaría aún más perdido, y de algún modo tenía que pagarse la comida del chino todos los días.

- Jack, déjame que lo piense. Reviso sus anteriores discos y te digo mañana, ¿vale?

- Bueno, pero por favor, se un poco listo. Esto nos va a hacer inmensamente ricos.

- Vale, lo tendré en cuenta.

Colgó el teléfono y dijo: "te harás inmensamente rico tú, maldito ladrón hijo de puta". Esta declaración de amistad solo la oyó él y su mesilla de noche que, tras varios meses sin limpiar, albergaba un sinfín de trastos tan inútiles como interesantes. Se tumbó en la cama y se quedó mirando el póster de Jimmy Page que colgaba en el techo de su cuarto de cuatro metros cuadrados. "¡Que justa es la vida!" pensaba. Él nunca había sido ambicioso, más bien conformista, en lo que a dinero se refiere. Por eso no le preocupaba tanto ni su casa, ni su coche, ni sus pintas ni su descuido en lo que a estética se refiere. Pese a todo, era resultón. Se había dejado el pelo largo y lo llevaba agarrado con una coleta, pero dos mechones siempre asomaban por su frente. Tenía una manera poco exitosa de peinarse así que se dejaba la coleta todo el rato. Vestía siempre con vaqueros y camiseta de alguna promoción de él último disco en el que acabase de colaborar y, como siempre se la daban mal de talla, le hacía parecer

aun más escuálido de lo que en realidad era. Tenía un tatuaje en el antebrazo izquierdo en el que una pluma se convertía en un pentagrama. Se lo hizo cuando era un poco más joven y algunas mañanas (normalmente las de resaca) se cagaba en todos los muertos del tatuador por dejarle hacerse esa idiotez cuando era tan solo un crío.

En cuestión de mujeres él se definía como “una antítesis a lo que te guste”. Esta misma frase la había usado varias veces cuando alguna chica se le había acercado para hablar con él sin más propósito que pasar un rato divertido y flirtear un poco. Por alguna extraña razón no soportaba la hipocresía que supone ligar con cualquiera. Se sentía estúpido. Desde Ainara no se había fijado en nadie más y, si bien no era virgen porque ha tenido demasiadas borracheras, no mantenía ninguna relación que no fuese comercial o callejera con ninguna persona del sexo opuesto. Y con estas contestaciones se acercaba bastante poco a tener algo más que un polvo con una puta, ya sea de las de pagar o de las que lo hacen “por amor al arte”.

Se reincorporó (y con él lo hizo, por primera vez en lo que llevaba de día, un enorme dolor de cabeza) y abrió el cajón de su mesilla. Rebusco entre chivatos, cajas de ibuprofenos, Frenadoles y otras cosas menos con decorosas para su personalidad, la única cajetilla de fortuna que guardaba su último cigarro. Su cigarrillo. Se levantó y se acercó a su estantería de vinilos. Su amada colección de música. Todos ordenados por fecha, con funda, cuidados hasta parecer nuevos... Si el resto de la casa no merece que se describa, esta estantería merecería hacer un libro solo para ella. Sacó el disco de Led Zeppelin “I” y puso “Dazed & Confused” y mientras el bajo del principio le erizaba los pelos de los brazos se tumbó en su moqueta, se encendió el Fortuna y le dio una calada hinchando a más no poder sus pulmones. Y, soltando lentamente el humo, escuchó la celestial voz que tiene la buena música...

Había mentido a Jack. No pensaba escuchar ni una sola pista de esos bastardos. Lo haría de Robert A. Plant y su banda. Se tomaría una copa y empezaría a mover las hojas del proyecto de estrellato que Jack le había preparado con su nuevo “grupo” los Monkey Bussines. Pero entonces se dio cuenta de algo. Su cigarrillo cayó en la moqueta quemándola un poco, pero sin arder. Terminó por apagarse solo ya que Daniel ni siquiera se percató de ese fallo. Estaba absorto mirando su brazo derecho. Un minuto, o un segundo, o quizá una hora más tarde desvió su atención hacia el suelo. La pulsera se había roto. Era extraño. Nunca se había sentido tan perdido, ni tan solo como ahora. Nunca se había aflojado, ni se había deshilachado; solo el paso del agua por sus brazos y el tiempo por sus hilos habían hecho mella en su color y en su firmeza respectivamente. Entonces sintió un fuerte desasosiego que casi le impedía respirar. Sintió que algo le había ocurrido a Ainara.

3. Elegir o razonar

El despertador estaba taladrando las paredes del cuarto de Daniel. Llevaba tan solo 3 horas de sueño y los alaridos de ese condenado aparato le estaban matando. Durante esas más que despreciables horas de descanso soñó, como todas las noches desde que ocurrió lo de Ainara, con un bosque, una pulsera, una mirada y una despedida. Aun bajo la influencia del insomnio (y de la botella de Brugal que la noche anterior se había bebido celebrando en un bar la incorporación, a su corta lista de amistades, dos nuevos "no-recuerdo-tu-nombre" que recogió en un estado deplorable ya sin beber) se puso las zapatillas con cierta lentitud y se restregó las manos por los ojos. Al levantar las manos se percató de que llevaba casi un mes sin afeitarse y que debía llevar casi lo mismo sin ducharse. Se levantó dejando ver la estampa de una resaca en el crujir de sus huesos. En protesta la cama dijo:

-¿Tienes alguna aspirina?

Sobresaltado Daniel se giró de un salto y pudo observar que una joven estaba arropada al otro lado de la cama mirándole. Estaba desnuda. Los pliegues de la sábana dejaban jugar a la imaginación y sus ojos provocaban que segundos más tarde dejase de ser un juego.

- Otra vez hemos caído, ¿no?
- Bueno, si a eso lo llamas caer...
- ¿Después de todo lo que has sufrido y aun me buscas borracho para mendigarme sexo?
- Di mejor intento...
- ¡Y lo consigues!
- No, di mejor intento de sexo.

A esa afirmación Daniel contestó abriendo el cajón de la mesilla, rasgando el precinto de un paquete de Fortuna y sacando un cigarrillo. Cogió el mechero y lo encendió. Dio una calada y se volvió a sentar en la cama. De espaldas a ella.

- Vale que no me quieras ni ver, pero un cigarrillo podías ofrecerte.

Daniel cogió el paquete y se lo lanzó a la cara. Después se tumbó de nuevo y se quedó mirando al techo. Ella se encendió un cigarrillo y se quedó mirándole fijamente a la cara.

- ¿Por qué eres tan borde conmigo?
- Por elegir mal
- Uno no se elije de quién se enamora.
- No, pero elije con la razón si debe o no debe asentar ese amor.
- Soy mayorcita, déjame equivocarme sola.- Dijo mientras le acariciaba el pecho y poco a poco, con movimientos dignos de los más elegantes felinos, se iba acomodando encima de Daniel.
- Laura...Para...
- ¿Qué pare de qué? -Balbuceó mientras le mordía el labio inferior.
- ¿Por qué continuas buscándome? Deberías seguir follando con Jack. Él tiene dinero, ambiciones, belleza y viste bien. Yo no llevo ninguna vida viable con acompañante.
- Me gusta el riesgo.- Y pasó de los labios al cuello respirando fuertemente.

Laura siempre había sido una chica muy guapa. Guapa y tenaz. No soportaba un no por respuesta. Posiblemente fuese ese el motivo por el que se veía con Daniel. Él era el único hombre que no se había rendido antes sus enormes ojos azules. Ser pelirroja y las dulces pecas rodeando las proximidades de la diminuta nariz, tan solo eran el prelude de una sonrisa digna de cualquier amor eterno. Unas piernas de locura y un andar de modelo hacía de este pecado, el deseo de cualquier cuerdo. Quizá por eso Daniel no soportaba que anduviese detrás de él. Pese a todo disfrutaba con las noches que le ofrecía. Y las mañanas.

En medio de la pasión la puerta sonó dos veces. Los dos se pararon en seco y durante dos segundos el silencio cortaba cualquier excitación. Una carta se deslizó por debajo de la puerta y el sonido de unos pasos alejándose indicaba que posiblemente fuese el cartero.

Intrigado, aparto a Laura de encima suya (esta vez algo más amablemente, dada la situación) y corrió a por la carta. La abrió. Era de Jack.

Daniel:

¡Hace mucho que no nos vemos perro! ¿Qué hay de un café mañana a las 5? Donde siempre. Tenemos que preparar lo del los Monkey Bussines. No les ha gustado nada tus cambios. Dicen que pierde la esencia de sus canciones.- ¿Esencia? Esencialmente eran basura. ¿Para esto deshecha un buen polvo? No debería haberla leído. Bueno...Aunque conociendo a Jack... Si hay dinero de por medio... Habría dado su mano si con ello es capaz de sacar alguna perra.

PD: Ayer me crucé con una chica por Gran Vía y, como iba hablando de ti (maravillas por supuesto), me paró y me dijo que te dijese: "Yo se donde puedes reparar tu pulsera"... Obviamente se refería a ti, ya sabes que no soporto esa moda Hippie de llevar trastos colgando. Bueno, ya me contarás.

Un Saludo,

JACK

Daniel tuvo que releer la carta un par de veces más y luego se sentó en la cama. Cogió el Fortuna y se encendió otro. Casi a modo de descuido dejó encima de las sábanas la carta mientras pensaba. Laura la cogió y celosa preguntó.

-¿Quién era esa chica de la que habla Jack?

- No lo sé...

- No me mientas, sabe que tienes una pul... ¿Dónde está?...

- Se rompió

-Dijo mientras miraba al infinito, preocupado.

- ¿Y como sabe ella que se rompió?

- Es imposible que lo sepa.

- ¿Por qué?

- Porque tu y Jack sois las únicas personas que he visto desde que se rompió. Y no se lo he contado a nadie...

Se levantó, puso "Perfect Day" de Lou Reed y se terminó el cigarro sentado sobre la moqueta. Laura le imitó y tras un par de miradas volvieron a hacer el amor. Ella con Daniel y Daniel con nadie.

4. Artista Abandonado

- ¿Qué tienes en contra de la música de ahora? Quizá dentro de un tiempo se convierta en las reliquias que tú tanto veneras.
- Eso es lo que me preocupa... Hoy en día muy poca música es original. Ningún libro ha nacido de la nada. Si se crea un estilo y enseguida se le cambia de nombre. Le llaman modelo. Un molde. Para hacer el mismo producto indefinidas veces. ¿Dónde está ahí la magia?
- La magia reside en que ese libro o disco mueve a la gente.
- Laura, no te engañes, eso no es magia. Es manipulación. Nos dejamos llevar por el canon del momento y, los pocos que destacan, pronto se dejan sucumbir por el poder del dinero, la fama y la prepotencia... Sonará pedante, pero pierden la esencia de aquello que alguna vez les hizo verdaderos artistas... ¿Sabes la diferencia entre pintor y artista? ¿Entre músico y artista? ¿Entre escritor y artista?
- No, no la sé...- Dijo Laura con voz condescendiente, como negando (en contra de su verdadera opinión) que tuviese razón.
- Pues el artista crea, inspira, innova y comparte...El pintor, escritor o músico copia, interpreta, manipula y acapara...Y tienen la osadía de colgarse la etiqueta de artista.
- Eres demasiado purista. Demasiado cerrado. ¡Siempre lo has sido!- Dijo cada vez más nerviosa. Sus gestos pasaron de ser simples movimientos a claros aspavientos con los brazos.
- No es cuestión de purismo, Laura. La mayor parte de los hombres se mezclan con la masa formando parte de algo. Les hace sentirse integrados. Pijos, roqueros, melancólicos, machos, gays... Todos siguen las directrices de su alrededor...Algunos preferimos un café un disco de Dusty Springfield y un cigarro en soledad. Disfrutando de mí. Estar atrapado de uno mismo tiene sus ventajas, inspira. Sentirse inspirado es como sentirse vivo. Solo que no siempre se está tan vivo como para estar lo suficientemente inspirado.
- ¿Es esa tu razón para irte?, ¿significa que de verdad te vas?
- No, significa que ya no estoy aquí. Hace tiempo que nada me retiene aquí.
- Te seguiré. Iré contigo.- Dijo a la vez que le cogía el brazo con cierta brusquedad.
- No, me olvidarás.- Dijo cogiéndola de la mano y acariciándola para que cesase en su intento de robarle el brazo.- Serás feliz y esta despedida se te olvidará en cuando agite mi mano al otro lado del andén.
- ¡No puedes retenerme, subiré a ese tren!- Esta vez gritaba.
- No Laura, no lo harás...

Y desde detrás de la columna aparecieron dos agentes de seguridad. Los mismos agentes que Daniel había pagado para que impidiesen que Laura subiese al tren. Los mismos que aceptaron dejarla en casa sin repercusión alguna en su expediente. Laura no había comprado billete porque venía a traerse a Daniel... Y Daniel iba a abandonar a Laura por un billete hacia un punto de luz en la bruma y miles de recuerdos en su cabeza.

Mientras, veía subirse a la más guapa joven, a la más desdichada de entre todas las mujeres, llorando sin entonar sonido. Mirando a los ojos de Daniel a través de dos cristales como un perro traicionado. Como un artista de capa caída. Como una vida sin inspiración.

- Lo siento Laura, en este viaje solo voy yo, mi trabajo y la pulsera. Tengo que arreglarla. Tengo que volver a ver a Ainara...

Cerró los ojos y recordó (más que soñar) su vida hasta aquel punto. Empezando por el día que conoció a Ainara. En sus cortos 14 y su larga vida por delante.

5. La fiesta

Vísperas de un verano, un año, un día:

Daniel observaba tras la ventana de su clase como el sol se acercaba al árbol. Llevaba más de 20 minutos mirando con la misma cara aquel estúpido tronco con hojas. Su mente hacía cábalas sobre adolescentes de entre 16 y 20 años a las cuales amaba con toda la fuerza que puede proporcionar una erección repentina. Poco más. La vida de los chavales es tan banal para los maduros... Pero lo que no saben es que es pura dinamita. La mente de un joven dócil ante el amor es creatividad pura.

- ¡Dani!- Susurro en un tono más cercano al grito que al sigilo su compañero de al lado.- ¡Quedan solo dos horas para que termine el curso! ¡Por fin terminaremos con "la cuervo"!

"La cuervo" era la profesora de lengua que tanto daba el coñazo con la sintaxis y la lectura ¿Quién prefiere leer antes que ver la tele? Dani lo prefería. Leía a diario. No estudiaba, leía y practicaba sus clases de guitarras auto financiadas.

Su padre era un hombre chapado a la antigua, y como tal, advirtió el peligro que era la música. Si eres músico casi no puedes ser nada más. A sus casi-cincuenta años nada le había sorprendido más que su hijo. Era inteligente, listo, guapo y perspicaz. Aún así, no se decidió nunca a estudiar. La vida habría sido tan fácil para él si hubiese sido médico o arquitecto... No como su padre, un simple y vulgar currante con las manos desgastadas de secar lágrimas. Era tan difícil educar a un hijo solo. Cuando Daniel tenía 9 años su mujer murió de una enfermedad que solo los doctores supieron pronunciar. Todas las noches se acostaba solo y dormía en su lado de la cama. Encendía la luz bien entrada la madrugada, se sentaba apoyándose en la cabecera y lloraba. Todas las noches sin excepción... El tiempo le había quitado las ganas de sonreír y más cuando Daniel, con 12 años, le dijo que no se acordaba de su madre, de su cara. Entonces enfermó. Llevaba desde entonces con un mal que ni los doctores supieron pronunciar. Quizá fuera esa la razón por la que se negaba a pagarle ese estúpido conservatorio de guitarra. Solo servía para crear un hijo sin futuro. El tendría que ser médico. Poder pronunciar con una amplia sonrisa todas las enfermedades, conociendo pues, todas sus curas.

Pero eso no era un impedimento para Dani. Sacó dinero trabajando de camarero cuando salía del instituto y se pago las clases. Antes lo hacía con la paga y lo que se le caía a la gente del bolsillo. Hurtos menores según la guardia civil. Esa cabezonería la había sacado de su madre, sin duda. De todas las cualidades que tenía Maite, tuvo que heredar la testarudez. Eso hizo sonreír a su padre un par de veces.

- ¡Venga macho! Hoy saldremos al parque a tomar unas copas antes de ir a la fiesta de Laura. Me ha dicho Jose que va a ser genial. Esos dos tortolitos llevan preparándola más de un mes. ¡Claro, como ellos dos están tan bien juntos se olvidan de los solteros como nosotros!- Acabó esa frase con un riego de feromonas en ebullición.- Pero esta vez va a ser diferente, ¡va a traer a sus amigas de su colegio! ¡Las del colegio de monjas! Esas están siempre deseosas de sexo...

Dani le miro sonriendo. Era tan fácil engañarle como ilusionarle. Él, sin embargo, había aprendido ya la lección de no confiar nunca en una fiesta "con invitaciones a mujeres". Y aún mucho menos en pillar.

El resto de la mañana se la pasó haciendo dibujos, hablando con la feromona andante que tenía como compañero. Salieron corriendo y quemaron sus libros, se sintieron libres durante una hora y se aburrieron a la segunda. Empieza el verano de los veranos.

Puntuales como un clavo estuvieron allí Daniel, Fran y su compañero en constante erección, Diego. Bebieron rápidamente y el alcohol les subió como la espuma. Ya estaban listos. Bueno, casi del todo. Fran, el kinki del grupo había traído un poco de "eme" para amenizar la fiesta y decidieron probarla... otra vez, al menos.

Con el dulce colocón de los ácidos y la fuerte borrachera que les perseguía corrieron hacia casa de Laura

la pelirroja...

Saltaban los bancos, regateaban los cubos de basura, se subían a las escaleras de incendios, cantaban y gritaban "A la Sombra de mi Sombra" y se reían. Era divertido andar y se sentían tan irremediabilmente perfectos que, desde fuera, daba pena verles.

Llegaron a la fiesta y el subidón del alucinógeno se les estaba pasando. Había mucha gente. Entraron mirando por encima del hombro a cualquiera y por debajo de la falda a muchas. Laura no mentía, había muchísimas chicas nuevas. Diego se puso rojo como un tomate. Daniel le miró y le susurro al oído:
- Ataca...

Entonces Laura se abalanzó sobre los hombros de Dani. Eran amigos desde hacía mucho tiempo y, pese a que no siempre fue así, Dani la consideraba como tal. Ella no.

- ¡Dani! ¡Qué bien que viniste amor! ¿Has traído la música? Te encargabas tú...

- Claro que si Lau, mira esta cinta, ¡recopilación recién sacada de mis pletinas! Veras que bombazo.

Se sentó enfrente del equipo de música y puso la cinta. Pulso el play y "Lust for Life" de Iggy Pop sonó por toda la casa. Bailaron y tomaron unas copas más. Eran jóvenes y la noche acababa de empezar. Todo iba viento en popa.

Entonces se abrió la puerta de par en par y aparecieron tres nuevas féminas. Dos de ellas tapaban la visión de la última. Eran bastante grandes y caballonas. Una cara de poco amigos y muchas rabetas. No apto para su cerebro colocado. Pero entonces, desde detrás de los dos mostrencos apareció ella. Ainara. La primera vez que la vio y se le pasó el cuelgue de golpe. Ojos verdes y cabello oscuro. Delgadita y tímida. Sonrió mirando a Laura y esta se lanzó a darla un abrazo. El tiempo se detuvo y la música cambió. "Rojitas" de Extrechinato y tú. No le quito la mirada ni un segundo durante toda la canción. Se había enamorado, pero no con amor de libro ni de palabras, se había enamorado de corazón.

6. Melancolía

- Perdóneme señor, ya hemos llegado...

Una amable señorita; vestida y pintada como las veinte de sus compañeras con cara de alivio tras llegada; despertó a Daniel, que había dejado su cabeza apoyada sobre el cristal de la ventanilla. Se limpió la cara, recogió su iPod y su maletín con la guitarra y con la cara de un papel en blanco. Bajó cuidadosamente las escaleras del vagón y depositó sus pies sobre el suelo lleno de colillas de cigarro- último minuto de la estación de Barcelona. Aquí estaba, empezando de nuevo.

Después de inspeccionar visualmente la estación comenzó a andar. Recogió su ticket de maleta perdida y no le dio más importancia que la que no sabía darle. Buscó en su bolsillo el número del "contacto" que le iba a proporcionar una cama y un primer trabajo y en la primera cabina lo marcó.

- ¿Sí?

- Hola buenas tardes. Soy Daniel. Me han dado este número. Me dijeron que preguntase por un sitio donde dormir.

- Daniel, ¿no me reconoces?

- Discúlpeme... Creo que no...

- Soy Soledad, la madre de Ainara.

Un vuelco en el corazón de Daniel provocó que la presión sanguínea no fuese suficiente y el auricular chocase con todas las paredes de la cabina antes de quedar colgando del cable. Una situación cómica que Daniel solucionó rápidamente cogiendo de nuevo el teléfono y balbuceando:

- ¿Qué? Perdóneme, no he escuchado bien...

- Si, lo has hecho. ¿Cómo te va chaval? ¿Sigues tan revoltoso? ¿Y tu padre?- ¿Y su padre? ¿Que habrá sido de él?- Hace tanto de esos buenos tiempos...

- Soledad, ¿cómo?... ¿cómo has conseguido mi dirección?, ¿cómo he llegado hasta aquí?

- Muy fácil Daniel. ¿Quién podría haberte dado esa carta, sino yo? Estoy al tanto de tu pulsera, de tu necesidad de trabajo. De tu música...De toda la información que he podido recolectar en un par de meses.

- ¿Pero, por qué?

- Siempre supe que eras un buen chaval. Además, me dio por ahí, ¿no?- una tímida risa que sonó a melancolía, se escapó del auricular.- Recuerdo cuando eras un crío que te comías el mundo con tus colegas y venias a casa a escondidas a verla a ella... ¿Lo recuerdas tu Daniel?

Claro que lo recordaba... Todas las noches, todos los días... Todas las lágrimas y todas las sonrisas eran recuerdos de esa vida... Daniel sonrió a la nada y dijo:

- Lo había olvidado...

- También recuerdo lo tramposo que eras... Mira, no te preocupes. En la calle Nápoles hay una pequeña tiendecilla de regalos. Di que vas de mi parte. Tienen la llave del piso de arriba. Puedes dormir ahí. Te llamaré mañana por la mañana. Un abrazo niño.

Y se colgó. Daniel tardó unos 5 segundos en despegarse el auricular de la oreja y como una hora la cara de bobo. Tomó el metro hasta la estación del Arco del Triunfo y tras un par de vueltas por calles equivocadas llegó. Localizó la tienda nada más entrar en la calle. Pese a ser pequeña, era muy peculiar. Entró y se quedó alucinado con la cantidad de juguetes antiguos, papel de Charol decorando las paredes, esculturas con más color que arcilla y la poca gente que había dentro. Un niño se percató de su presencia y fue corriendo hacia la trastienda. Y de ahí salió un hombre que rozaba los 50 con bigote, un delantal y cara de buena gente. Se secaba las manos con un pañuelo más sucio que seco. Y se presentó:

- Hola, ¿qué quería?

- Buenas...- Dudó unos segundos, miro por los huecos que dejaban los juguetes antiguos en la ventana y

tropezó:- ¿Noches? Disculpe mi tardanza, esta ciudad es diferente a la mía, me ha costado moverme.
- Eso no es por la ciudad, es por el corazón. Empezar de nuevo es duro... Supongo que es usted Daniel, ¿no?
- Así es, encantado. ¿Su nombre es...?
- Ramón. Y ese pequeñín que ha salido despavorido a buscarme es Juan, mi hijo. Le dije que si entraba alguien fuese a llamarme corriendo.
- ¿Y si fuese un cliente?
- ¿Bromea? No vendo videoconsolas. Los clientes son alicientes. Tengo esta tienda por vocación... Pero ya hablaremos de vocaciones tiendas y trabajos. Ahora, lo más importante. Sus llaves.

Rebuscó en un cajón del mostrador con cientos de pinochos de madera sentados en el borde, como en una grada observando la vida pasar.

- ¡Aquí está! Tome. Este será su hogar. Nosotros sus amigos y familia si lo desea. Esta noche, para empezar usted cena con nosotros...
- No quisiera ser molestia...
- ¡No diga tonterías! No lo es. Dúchese, acomódese y baje al segundo piso- intuyó que él estaría en el tercero o más arriba.- Allí cenará y me contará que tal el viaje.
- Tengo que preguntarle: ¿Por qué tanta amabilidad?
- Todo es poco por Sol. ¡Y me ha comentado que usted es músico! Me encantaría charlar oyendo algunos discos que tengo. Le van a encantar...

Después de despedirse salió de la tienda pensando en la relación que pudiese tener este hombre con la madre de Ainara. Subió al tercer piso, número siete. Abrió la puerta y un apartamento pequeño pero acogedor, perfectamente recogido y organizado, le dio la bienvenida.
Dejó el maletín y se tumbó en la cama. Cerró los ojos y pensó: la vida sigue como siguen las cosas que no tienen mucho sentido... O ninguno... Se puso a Joaquín Sabina y observó la vida de esta ciudad. Numero siete. ¿La calle? Un nombre demasiado extraño... Es la calle melancolía.

7. Errores

- ¡Dani, ostia, que se te cae la baba! ¿Qué miras?- Dijo Fran enfocando su mirada hacia el grupo de chicas que rodeaban a Ainara.- ¡Vaya! Ya lo veo... ¡Puf! Sabes fijarte, ¿eh? Madre mía, esta tremenda...

Dani se giró y le regalo una mueca de odio. No consideraba que estuviese tremenda. Era perfecta.

- Bueno, ¿y vas a ir a hacer algo ahora? Lo digo porque sino voy yo...

Dani no contestó. Seguía mirándola con pájaros rodeándole la cabeza mientras su copa se resbalaba entre los dedos mojados. El impacto contra el suelo coincidió con el final de la canción.

Todo el mundo se giró de golpe. Incluida Ainara que, al ver que se habían cruzado sus miradas, le dedicó un pulso, una sonrisa y una preciosa media vuelta para seguir hablando con Laura. Dani sacudió la cabeza y se fue a la barra. Se puso un vodka con limón y se lo bebió de un trago. Cerró los ojos. Sintió la aspereza corretear por su garganta y mirando al techo exclamo algo sobre Dios, o sobre algún apóstol... Miró al frente y se encontró con las "hermanasunicejas". Los dos mostrencos que acompañaron a Ainara ahora escaneaban a Daniel con desaprobación y éste sonrió, las guió un ojo y se dio media vuelta.

- ¡Hola! ¿Qué tal la noche? Has visto que no te mentí con lo de las chicas...

- Está genial la fiesta Laura. ¿Cómo has conseguido la casa?

- Ya te lo dije, mis padres se iban de viaje y mi hermano está en casa de Gregorio.

- Menos mal...

El hermano de Laura no se llevó nunca muy bien con Dani. Él la sobre protegía y Dani... Bueno, Dani jugaba todas sus cartas... Años atrás tuvieron varias discusiones y quizá fuese esa la razón por la que Dani dejó de verse con Laura. Más tarde dejó de gustarle. Y luego la odio. Terminó por sentir indiferencia. Dani supo que sería así. Lo llamaba las tres fases.

- Bueno, ahora bailamos.- Le quitó la copa de la mano derecha, le cogió la mano izquierda, bebió y la puso en la barra. De camino a la pista de baile vio como Fran estaba hablando con Ainara. Ella reía. ¿Reír? ¿Con Fran? ¡Era el más soso del planeta! Sólo sabía meterse mierda y opinar sin conocimiento. Valiente gilipollas...

- Vamos flacucho, enséñame que aún sabes sonreír. - Laura le apartó la mirada de Ainara y la puso en sus preciosos ojos azules.- ¿Qué te parecen mis nuevas amigas?

- Son... Normales...

- ¿Y Ainara?- Sin saber su nombre supo a quién se refería.

-¿Quién?

- No seas bobo...

Laura, como todas las mujeres, tenía el don de la observación más que desarrollado. Había visto como la miraba y no iba a dejar que se le escapase. No sabía si sentía algo por él pero era suyo. Es el egoísmo del despecho.

- Estas muy guapo.

Dani volvió del cielo con semejante batacazo.

- ¿Qué?

- Si, niño. Fui estúpida en su tiempo...- Dani no comprendía (o no quería comprender) nada.- Si fuese sido un poco más lista habría acabado contigo.

- Laura, ¿qué has tomado?

- Nada.

Sonrió y se colocó el pelo estratégicamente para estar a un solo suspiro de los labios de Daniel. Daniel la miró a los ojos. Ella respiró lentamente y clavó su imaginación en los labios. Se abalanzó y le besó. Dani no se apartó. Y esa muestra pública de traición a un amigo y pasión de cartón desembocó en un empujón. Dani cayó a l suelo de espaldas y alzó la vista. José enfurecido se metió la mano en el bolsillo. Sin saber que hacer exactamente, pero con la experiencia de miles de noches de peleas, se levantó girando hacia atrás y se puso a diez metros de él. Todo el mundo miraba. Nadie hacía nada.

- Jose, te lo puedo explicar... - ¿Seguro?

¡Clack! Una afilada hoja saltó del mango que sostenía Jose.

- Maldito hijo de puta ¡Lo sabía! Te voy a desgraciar maldito traidor.

Dani salió corriendo empujando a todos y abrió la puerta de la calle de un empujón. Tras él, Jose salió andando deprisa. Furia. Al percatarse de la situación, Fran y Diego corrieron para socorrer.

- ¡Encima de traidor, cobarde! ¡Ven aquí hijo de puta!

- ¡Jose, coño! ¡Se me ha lanzado!

Entonces se abalanzó sobre el. Daniel dribló su ataque y consiguió estar a su espalda. No dudó. Le golpeó en la espalda y ya en el propinó una patada en la mano. La navaja rodó varios metros lejos de la pelea.

Jose se levantó placando a Dani. Le retuvo entre sus piernas y le golpeaba varios puñetazos en al cara. La furia, las lágrimas, la ira y los gritos dejaron de escucharse en la mente de Daniel a partir del quinto trallazo en la cara. Se desmayó y la última visión que tuvo fue la mirada de pavor de la gente que miraba como le golpeaban. Entre esa gente estaba Ainara. No supo realmente si la sonrió o si imaginó esa mueca... Pero él sonrió.

8. Coincidencias

Consumía poco a poco su cigarro pensando en el próximo. Asomado por la ventana miraba a la gente pasar. La calle melancolía estaba poco transitada a las 4 de la madrugada. Alguna mujer de oficio en pena, algún policía obseso detrás de algún beso o de poder usar las esposas. Y mirando compuso la canción que más veces tocaría en su vida...

A la mañana siguiente se levantó a la hora exacta en la que no es demasiado pronto para comer pero es muy tarde para desayunar. Se duchó, vistió uno de sus dos vaqueros y bajo las escaleras hasta llegar a la puerta del portal.

- ¡Ey! ¿Dónde va tan rápido vaquero? ¡No has desayunado!
- Me parecía demasiado ruín dadas estas horas.
- Es usted un auténtico estúpido... O muy buen bromista ¡Venga, entre a mi piso! Le presto un café... Pero me lo debe...

La casa se había transformado de la noche a la mañana. Quizá debido a la carencia de luz que había entonces, Daniel no se percató de que todas las paredes estaban llenas de fotos de él y de Juan. Pero en cada foto había un pequeño muñeco de Pinocho. Todos de diferentes colores y vestimenta. Pero todos sonreían, con la misma sonrisa que Juan. Pero todos con ojos grandes como platos, como los de Ramón. Bonita caricatura de ellos mismos, pensó Daniel. Sonrió y siguió a su anfitrión hasta la cocina. Se dio cuenta de que había una gran cantidad de libros que había almacenados en montones y que muchos de ellos tenían pinta de estar a medias de alguna mala lectura o empezados con la ilusión pero terminados con alivio.

- ¿Con qué acompaña usted el café?
- Con usted, señor Ramón.
- No por Dios, señor no... Ese ni siquiera fue mi padre. Quizá mi abuelo.
- ¿Le admiraba usted?
- Demasiado. Cuando murió creí que jamás levantaría cabeza. Él me enseñó como llevar mi negocio. ¡Maldita su gracia!- Rieron al unísono.- Bueno, tengo algo que comentarle. He indagado por ahí y le he encontrado un trabajo de tarde. No hasta muy tarde, es con una gente muy maja. En este sobre tiene toda la información... Lo realmente importante es por la mañana. Puede trabajar conmigo en la tienda. Quiero hacer unas reformas y usted es un chaval joven, me será de utilidad su compañía.
- Le agradezco mucho su oferta, pero creo que no soy tan joven, ni tan útil. Debo declinar su oferta...
- Bueno,-le interrumpió- ¿y si le digo que le ayudaré a encontrar a Ainara?

El corazón le dio un vuelco...

- ¿Cómo sabe lo de Ainara?- Entonces recordó a Soledad- Bueno, mejor dicho: ¿Sabe algo de donde se encuentra?
- Tiempo al tiempo compañero. De momento termínese el café. No quiero echarle, pero hoy hay gente que trabaja. Usted vaya a hacer sus cosas. Le doy el resto del día libre.
- Está bien. Pero una cosa señor Ramón. ¿Cuándo dejaremos de tutearnos?
- Desde ya. Déjeme de tutear, yo le seguiré tratando de usted. Más que por respeto, por comodidad.
- Entonces le trataré de usted. Solo por llevarle la contraria.

Se rieron y apuró el café. Se despidió y salió a la calle. En su lista de la compra "algo-de-comida", tabaco y cuerdas de guitarra acústica. El viaje las había tratado mal y se desafinaban solas. ¿O quizá fuese del mástil? Da lo mismo, esta ciudad es nueva y sus suelas le empujaban a corretear.

Tras un paseo por el barrio encontró una tienda pequeña de discos. Entró y, aparentemente, no había dependiente. La tienda tenía la pinta que, por ley, deberían tener las tiendas de discos. Destartalada, con polvo. Melodías poco conocidas por la gente y admiradas por tantos. Posters descoloridos y pasados de moda. Pasados de todo sus artistas. Era una sensación tan sobre cogedora que apenas podría superarse. Pero pudo.

- ¿Daniel?
- ¿Manuel?
- ¡No jodas cabrón! ¿Tu por aquí? ¡Me alegro mucho de verte!

- ¡Discos el Sol, mamón! ¡Lograste tus sueño!- Evadió la pregunta-
- Aún recuerdo esa noche después de la fiesta en la que te lanzaste a Laura. Vaya noche.
- Si...- Había perdido las ganas de recordarle que él no se lanzó, ya no importaba.- Qué buena noche...
- Quítate la chaqueta, te invito a un café. ¿Cómo lo tomas?
- Acompañado, por supuesto.
- Bien, con leche.

Rieron brevemente y se miraron. Tanto tiempo había pasado. Los años habían agrandado su cuerpo, arrugado su piel, amansado su juventud y alimentado su madurez. Pero seguían siendo enanos, estirados, jóvenes y niños. Se quitó el abrigo y el sobre voló hasta el suelo.

- Se te caen los papeles Dani, luego vas pidiendo por ahí.
- No se pierden, se traspapelan. Acaban todos en el mismo lugar...
- Si, en tus pulmones. ¿Qué es ese sobre?
- Pues aún no lo he abierto, pero creo que es una oferta de trabajo.
- Pues a que esperas, ábrelo.

Rasgó el sobre y saco folio muy ajado. Le dio la vuelta y había tres caras retocadas con un programa de ordenador. Abajo un nombre: Melómanos. Escrito en boli un número y una dirección. Guardó el sobre y conversó con Manuel. Otra vez juntos. Después de aquella noche tan fantástica, después de la fiesta... Manuel y Daniel se hicieron íntimos. Hasta que el reformatorio los separó sin dejar rastro de ellos en sus correspondientes vidas. Salió de la tienda y comenzó a andar calle a bajo. Pensando, con ilusión, los buenos tiempos pasados. Pero paró de pensar. Se paró en seco. Alguien le seguía se giró y allí estaba...

9. Final de etapa

-Si Daniel, soy yo...

-No esperaba que fuese tan fácil encontrarte.

-No lo es. En realidad yo te he buscado a ti. Para avisarte.

-¿Avisarme de qué?

-De que te alejes. De que sigas. De que vuelvas a Madrid y sigas tu vida.

-Pero, ¿de qué estás hablando?- Gritó Daniel con tono de incompreensión.

-Aléjate de esta ciudad, de esta calle...

-¡Tú me has dado alojamiento! ¡Tú querías verme!

-¡Deja de montar un drama con esto! Las cosas han cambiado mucho desde que llegaste tú. Ainara se enteró de que habías venido y surgieron dudas.

-¿Dudas de qué?

- Daniel... Ainara se marcha de Barcelona. Para siempre.

Daniel sintió como si una daga atropellase torpemente su corazón y como si todas las ilusiones del mundo se esfumasen siendo la antítesis de lo que en aquellos momentos se gestaba, una nueva religión que hacía eco por todo el mundo pero que aún era una simple leyenda sobre el bienestar supremo y la heroína felicidad, placebo del alma.

-Tengo que ir a verla.

- No Daniel. No iras. Ainara se marcha dentro de dos meses.

-¿Por qué se marcha?

-Razones fuera de tus asuntos, Daniel. No hagas más preguntas.

-Dime donde está o desarmaré esta ciudad, ladrillo a ladrillo, hasta encontrarla.

-Eso te honra...

Una sonrisa en la boca y dos ojos bañados en lágrimas en la cara del otro interlocutor cambiaron radicalmente y pasó a ser una cara de puro terror.

-Daniel, corre.

-¿Qué?

-¡Daniel, ostia corre!

De pronto, un zumbido veloz cortó la emotividad de Daniel provocada por el momento y una bala alcanzó a su acompañante en el hombro. Este grito desgarradamente. A modo de acto reflejo Daniel se tiró al suelo. La segunda bala le alcanzó en el pecho y, sumada a la del hombro, hizo que se desplomase sin conocimiento al suelo y manchar su precioso vestido verde de sucia sangre oscura.

La gente gritaba y el agresor corrió hasta el primer callejón donde cobijarse. Lo único que Daniel pudo ver de él fue una larga chaqueta marrón y un revolver plateado que exhalaba humo por el cañón. Un sombrero de cowboy le tapaba la toda la cara. Toda excepto una sonrisa con reflejos de un canino de metal que asomaba por su siniestra mueca.

Daniel, aun en estado de shock, se levantó y se acercó al herido. De la tienda de discos salió Manuel. La gente gritaba. Se oían sirenas. Pero la calle era puro silencio. Daniel sentía los latidos en su sien. Todo quedaba a un segundo plano. Todo era lento. Todo era oscuro.

-¡Daniel!

Solo silencio

-¡Daniel!- Alguien le llamaba.

-¡Daniel, entra a la tienda! Te ayudo.

Daniel, temblando se acercó a la tienda y cerró puerta tras de sí. De repente todo recuperó su ritmo natural

-Voy a llamar a una ambulancia. ¡Ayúdala!

-Vamos, se fuerte. Ya vienen a por ti. No te mueras por favor... - Dijo entre soñozos...

Y haciendo caso omiso a las suplicas de Daniel su corazón poco a poco fue perdiendo fuerza... Hasta morir. Daniel sostuvo en sus brazos llorando el cuerpo inerte de Soledad.